

la)— dirige el éxodo de animales hacia las tierras cálidas del Sur. En un capítulo final, que lleva por título «La puerta», Juan se imagina a los animales pasando por la puerta liberadora. Sin embargo, al terminar, comenta: «Todos menos yo, el portero, que desde afuera los veré alejarse definitivamente» (p. 173). Juan, o sea, el hombre, se queda fuera, solo, añorando o imaginando cómo sería vivir en un mundo sin miedo, sin enfermedades, sin sufrimientos ni frustraciones.

El portero se desarrolla en el año 1992. La intención paródica de socavar el quinto centenario del «descubrimiento» de América es evidente. ¿Qué salvación puede esperar Latinoamérica, la cual se encuentra plagada cada vez más por la desigualdad, dictadores de derecha e izquierda, incesantes intervenciones extranjeras, etc., después de quinientos años de supuesta «civilización» europea y norteamericana? Al hablar de *El portero*, Arenas ha comentado: «Nunca he estado de acuerdo con los sistemas en los que me ha tocado vivir. Quizá por eso reinvento mi mundo con la pluma». La clave de la visión novelística areniana reside precisamente en ofrecer, y defender a la vez vehementemente, el desenfadado recorrido de la imaginación y la fantasía como único escape a la asombrosa y sórdida realidad humana. Recordemos a las figuras de Celestino (*Celestino antes del alba*), Fray Servando (*El mundo alucinante*), Fortunato (*El palacio de las blanquísimas mofetas*), Héctor (*Otra vez el mar*), Arturo (*Arturo, la estrella más brillante*), etc.

El portero es una fábula moderna que habla del fracaso humano y de la deplorable espantosa «civilización» humana. En un momento de la novela, un mono, frente a la asamblea de animales en el sótano del edificio, revela la lamentable situación del hombre, no digna de imitarse, al decir: «Pero en el hombre (al que ustedes desgraciadamente imitan en vez de dejar que sea él quien nos imite) la vida se ha vuelto un juego sucio, y lo que es peor..., [es] que ya ni ellos mismos conocen lo que es la libertad ni mucho menos cómo disfrutarla» (p. 147).

FRANCISCO SOTO

University of Michigan-Dearborn

REINALDO ARENAS, *Voluntad de vivir manifestándose*. Madrid: Editorial Betania, 1989.

La Editorial Betania acaba de publicar una colección de poemas cortos de Reinaldo Arenas bajo el título de *Voluntad de vivir manifestándose*. Este poemario, escrito con la furia y seducción que caracteriza toda la obra de Arenas, es una manifestación poética de las represiones, soledades y desesperaciones que le ha tocado vivir al autor: la tiranía de Batista, el destierro espiritual bajo el sistema castrista, el envilecimiento del mundo capitalista y, más reciente, la crisis del SIDA, que ha devastado Nueva York, ciudad en la cual Arenas ha vivido desde su llegada a los Estados Unidos en 1980. El autor afirma en el prólogo: «He contemplado el infierno, la única porción de realidad que me ha tocado vivir, con ojos familiares; no sin satisfacción lo he vivido y cantado... Sólo me arrepiento de lo que no he hecho. Hasta última hora, la ecuanimidad y el ritmo» (p. 7).

Voluntad de vivir manifestándose está dividido en cuatro secciones que llevan por título: «Esa sinfonía que milagrosamente escuchas», «Sonetos desde el infierno», «Mi amante el mar» y «El otoño me regala una hoja».

Los nueve poemas de la primera sección («Esa sinfonía que milagrosamente escuchas») fueron escritos entre 1969 y 1975, mientras Arenas todavía vivía en Cuba. Estos articulan una profunda angustia existencial a consecuencia del sistema político que le prohíbe al poeta la libre expresión. Tanto la constante vigilancia («Carlos Marx / no tuvo nunca sin saberlo una grabadora / estratégicamente colocada en su sitio más íntimo») como la esclavitud del

sistema revolucionario («Un millón de niños condenados, bajo la excusa de “La / Escuela al campo”, a ser no niños, sino esclavos agrarios») son responsables por la muerte espiritual del poeta. En el último poema de la sección, que además da título al libro, «Voluntad de vivir manifestándose», el poeta, muerto y sepultado, exclama:

Me han sepultado.
Han danzado sobre mí.
Han apisonado bien el suelo.
Se han ido, se han ido dejándome bien muerto y enterrado.
Este es mi momento (p. 24).

Este momento de muerte espiritual fue precisamente la realidad que Arenas tuvo que vivir después de haber caído en desgracia con el gobierno revolucionario cubano por sus ideas «antirrevolucionarias» y por su «conducta impropia».

La segunda sección («Sonetos desde el infierno») consta de treinta y siete sonetos escritos entre 1969 y 1980, poemas en los cuales la muerte se convierte en una obsesión para el poeta. En el soneto «También tenemos el Ministerio de la Muerte» leemos:

Hay muchas formas de aplicar la muerte.
Tenemos la muerte por muerte sin muerte.
También, la muerte y luego la masmuerte.
Y la muerte que es muerte y sobremuerte (p. 46).

Desde su primer libro, *Celestino antes del alba* (1967), la capacidad imaginativa humana se presenta en los textos de Arenas como algo esencial que separa al hombre del resto de las bestias. En el soneto «Todo lo que pudo ser, aunque haya sido» se subraya la potencia de soñar del hombre, ese maravilloso don de la imaginación, superior a cualquier realidad inmediata. El desenfrenado recorrido de la fantasía es lo que rescata al hombre de las persecuciones de la vida:

Todo lo que pudo ser, aunque haya sido,
jamás ha sido como fue soñado.
El dios de la miseria se ha encargado
de darle a la realidad otro sentido.

Otro sentido, nunca presentido,
cubre hasta el deseo realizado;
de modo que el placer aun disfrutado
jamás podrá igualar al inventado (p. 34).

La tercera sección consta de un solo poema, «Mi amante el mar» (1973). Este poema en prosa, el más largo de la colección, valiéndose de la enumeración caótica, presenta la desilusión y la disconformidad del pueblo cubano, reducido sólo a sobrevivir. La repetición de las palabras «yo veo» sirve como *leit-motiv* que caracteriza la degeneración que el poeta presencia a su alrededor. Para librarse de la mezquindad de esta vida, el poeta se dirige a «su amante» el mar:

Mi amante el mar me devolverá el niño que fui
bajo la arboleda y el sol
o con un susurro mecerá mis huesos.
Mi amante el mar prolongará mi búsqueda y mi furia,
mi canto... (p. 79).

Al final del poema, el poeta se une a su amante, o sea, se ahoga, se suicida. El suicidio es una constante en los textos de Arenas que permite al hombre escaparse de un mundo hostil conminado por la fuerza, la ignorancia y la persecución.

La última sección del poemario («El otoño me regala una hoja») consta de dieciséis poemas, todos escritos en los Estados Unidos. Dado que estos poemas no se escribieron bajo el miedo de la censura, el poeta le da rienda libre a su discurso poético, manteniendo, así, firme la noción central areniana de vivir defendiendo la experiencia creativa personal en un mundo que constantemente oprime toda expresión espontánea que se considera «diferente». En esta sección se encuentra el poema «Si te llamaras Nelson (A un joven norteamericano)» (1981), dedicado al autor cubano Nelson Rodríguez Leyva, el cual fue internado en uno de los campos de concentración para homosexuales (UMAP) en 1965 y luego fusilado en 1971 cuando intentó escaparse de la Isla. En 1984, Arenas le dedica al mismo su novela *Arturo, la estrella más brillante*.

Aunque el título del último poema, «Autoepitafio» (1989), sugiere un interés morboso por la muerte, éste no es más que una celebración de ese espíritu de rebeldía que ha caracterizado toda la obra de Arenas; una negación a entregarse a la mediocridad, instinto que le ha servido de solaz al autor a pesar de «la prisión, el ostracismo, el exilio [y] las múltiples ofensas típicas de la vileza humana». En un típico momento areniano, el poeta, explayándose en el mundo de la fantasía, afirma que él

Ordenó que sus cenizas fueran lanzadas al mar
donde habrán de fluir constantemente.
No ha perdido la costumbre de soñar:
espera que en sus aguas se zambulla algún adolescente (p. 110).

